



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 5

CBX 104 INTRODUCCIÓN A LA BIBLIA

Carbajosa Ignacio, Joaquín González Echegaray y Francisco Varo.
"Palestina romana". En *La Biblia en su entorno*, 381-391. Estella:
Verbo Divino, 2023.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

CAPÍTULO XII

PALESTINA ROMANA

En toda la rica historia del pueblo bíblico no hay ningún momento donde se concentre una mayor densidad de acontecimientos relevantes que en el periodo comprendido entre el año 63 a.C., en que las tropas romanas al mando de Pompeyo tomaron el control de Jerusalén, y el 135 d.C. en que Roma sofocó la insurrección de Simón Bar Kokhba. En este tiempo se sitúan el nacimiento del judaísmo rabínico, los orígenes del cristianismo y, sobre todo, la figura de Jesús de Nazaret, el judío que ha tenido un mayor impacto en la historia universal.

I DESDE LA CONQUISTA ROMANA A LA CAÍDA DE JERUSALÉN

Cuando Roma se hizo con el poder en Jerusalén, Palestina era una región profundamente helenizada, aunque se mantenían en ella algunos reductos que habían logrado mantener la propia identidad religiosa y cultural con gran vigor.

En Samaría y Galilea la población rural conservaba sus creencias y modos de vida tradicionales, manteniendo la escisión entre judíos y samaritanos que habían heredado de sus antepasados. En cambio las grandes ciudades eran de población, lengua y cultura helénica. Mientras tanto en Judea, y de modo particular en Jerusalén, tenían preeminencia la religión, cultura y civilización judías tanto entre la población rural como en la urbana, aunque los elementos helenísticos ejercían un peso e influencias notables en todos los ambientes.

1. La conquista de Pompeyo y el fin de la dinastía asmonea

Tras la entrada de Pompeyo en Jerusalén, el estado judío integraba a Judea, Idumea, Perea, Samaría y buena parte de Galilea. A su frente Pompeyo puso a Hircano II, privado de la realeza, a título de etnarca, y conservando sumo sacerdocio. El país quedó sometido a Roma, con la obligación de pagar tributo. Pompeyo se retiró llevándose prisioneros a muchos judíos, que constituirían la base de la diáspora romana.

Pero cuando se inició la guerra civil en Roma, la suerte de Judá, como la del resto de las provincias romanas, dependía del desarrollo de la contienda. En esos momentos Hircano II y Antípatro estaban en el bando de Pompeyo, por lo que César liberó a Aristóbulo para que regresara a Judea y se enfrentase a ellos, pero murió envenenado. En el año 48 a.C. Pompeyo fue derrotado en Farsalia y murió asesinado poco después. Mientras tanto, Antípatro e Hircano se habían cambiado de bando y convencieron a los judíos de Alejandría de que apoyasen a César y este, agradecido, confirmó a Hircano II como sacerdote y le nombró etnarca del pueblo. Antípatro fue nombrado gobernador de Judá, ciudadano romano, y exento de impuestos. El estado judío, ligado por un tratado de amistad a Roma, adquirió cierta autonomía, aunque seguía obligado a pagar el tributo. Por su parte, Antípatro aprovechó su situación para que se nombrara a sus hijos Herodes y Fasael gobernadores de Galilea y Jerusalén.

En el año 40 a.C. los partos lograron controlar por poco tiempo todo el Próximo Oriente, y con su ayuda Antígono –hijo de Aristóbulo II y, por tanto, sucesor de la línea asmonea– consiguió ser nombrado rey de Jerusalén (40-37 a.C.). Para hacerse con el sumo sacerdocio, cortó a dentelladas las orejas a Hircano II, que hasta ese momento era quien ocupaba el cargo, incapacitándolo de este modo para ejercer las funciones sacerdotales. Así pudo él asumir también el puesto de sumo sacerdote.

Ante esa situación, la reacción de los dos hijos de Antípatro, Fasael y Herodes fue muy distinta. Fasael se suicidó estrellándose contra una roca. En cambio, Herodes se marchó a Roma para ganarse allí el apoyo de Marco Antonio, que en ese momento era uno de los hombres con más poder en la Urbe. Este convenció al senado romano para que lo nombrara rey de Judá, y lo consiguió a finales del año 40 a.C. De regreso, y contando ya con la ayuda de Roma, Herodes logró conquistar Jerusalén el verano del 37 a.C., destituyendo a Antígono, y haciendo efectivo su nombramiento.

2. Herodes el Grande

En el reinado de Herodes (37-4 a.C.) se suelen distinguir tres periodos. El primero, de consolidación del poder. El segundo, de prosperidad y apogeo. Y el tercero, caracterizado por problemas familiares y luchas de sucesión, y marcado por el terror y la sangre.

Herodes fue un excelente promotor de construcciones. Construyó la ciudad de Cesarea y la dotó de un magnífico puerto y de todos los elementos que exigiría una gran ciudad helenística, entre ellos un templo a Augusto que, tras la batalla de Accio y la derrota de Antonio y Cleopatra en el año 31 a.C., se estaba consolidando a la cabeza de Roma. También llevó a cabo una impresionante reconstrucción de Samaría, a la que dio el nombre de Sebaste, nombre griego de Augusto, en honor de este. Levantó grandes fortalezas: un Herodium en Moab y otro en Técoa, cerca de Belén; y restauró las ya existentes: Maqueronte y Masada, donde edificó espléndidos palacios.

En Jerusalén, durante los primeros años de su reinado había construido la fortaleza Antonia, llamada así en honor de Marco Antonio, en un ángulo de la explanada del templo. Después edificaría un teatro, un anfiteatro y un hipódromo, así como un suntuoso palacio en la ciudad alta, fuertemente defendido, cuyos restos aún se conservan. Pero su obra cumbre fue la reconstrucción del templo, famosa por su magnificencia. Las obras comenzaron hacia el año 20 a.C. El templo propiamente dicho estuvo terminado en año y medio, y los atrios exteriores en ocho años, pero las obras no se concluirían hasta mucho después de su muerte, en el año 62 d.C.

Por lo que se refiere a la organización política y religiosa, Herodes transformó radicalmente el Sanedrín y el Sumo Sacerdocio. El Sanedrín herodiano, presidido por el rey y compuesto por sus consejeros, apenas se diferenciaba de los consejos privados de los monarcas helenísticos. El cargo de sumo sacerdote era hasta entonces vitalicio, hereditario, y ostentaba la representación de la nación. Para que le resultara más fácilmente manejable, le quitó el carácter vitalicio y hereditario, y lo privó de todo influjo en la esfera política.

Con su clara visión de las realidades políticas, su falta de escrúpulos y su actuación decidida como leal vasallo de Roma, Herodes proporcionó al país un largo periodo de estabilidad y de paz, y consiguió conservar un resto de identidad nacional.

A la muerte de Herodes varios líderes locales se alzaron en armas. El que tuvo más éxito, al menos inicialmente, fue Judas, hijo de Ezequías, de Gamala, que el año 6 d.C. logró reunir un buen número de seguidores, se apoderó de la ciudad galilea de Séforis y se hizo fuerte en ella. Pero fue asediado por el legado romano de Siria, Quintilio Varo, que dejó la ciudad en estado ruinoso y sometió a esclavitud a sus habitantes.

3. La sucesión de Herodes el Grande

En el testamento de Herodes el Grande se establecía una división del reino entre tres de sus hijos: Arquelao, Herodes Filipo y Herodes Antipas. Ante las disputas que surgieron entre ellos tuvo que intervenir la autoridad romana. Octaviano, tras leer el testamento, repartió las regiones de acuerdo con el criterio de Herodes.

Herodes Filipo se hizo cargo de la administración de los territorios de Gaulanítide y Traconítide. Fue un buen gobernante, abierto al mundo romano y al helenístico, y tolerante con el modo de ser de sus gentes. Reconstruyó la ciudad de Betsaida, a orillas del lago de Genesaret, a la que puso el nombre de Julia en honor de la hija de Augusto, y hermosó Panión, al pie del monte Hermón, a la que llamó Cesarea de Filipo. Murió en el año 34 d.C.

Por su parte, Herodes Antipas gobernó las regiones de Galilea y Perea. Este mandó construir la ciudad de Tiberiades (llamada así en honor del emperador Tiberio, de quien siempre fue fiel vasallo), a orillas del lago de Genesaret, como capital de su reino. Antipas fue un rey muy contestado entre los judíos por su vida escandalosa y por los excesos de su corte, con abundancia de banquetes, cortesanas y festejos, ajeno a las estrecheces que pasaba el pueblo llano. Cuando su hermano Filipo murió, Antipas quiso hacerse con el control de sus territorios y asumir el título de rey, pero fue acusado ante el emperador Calígula, que lo desterró a las Galias, donde murió el año 39 d.C.

Arquelao, fue nombrado etnarca de Judea, Samaría e Idumea, pero no se le quiso reconocer el título de rey. Fue el que menos duró en su cargo, ya que en el año 6 d.C. el emperador Augusto lo depuso por incompetente y lo desterró a las Galias. Aprovechando el momento en que el emperador desterró a Arquelao, se alzó Judas el Galileo realizando una llamada a todo el pueblo para que dejase de pagar los impuestos.

Arrastró a muchos seguidores, pero fueron aplastados por las legiones romanas.

En general, se puede apreciar que, aunque a lo largo del siglo primero, las distintas regiones de Palestina, como ya hemos dicho, pertenecían a circunscripciones territoriales diversas y tenían regímenes políticos distintos dentro del imperio, hasta el punto de que para pasar de una a otra era necesario cruzar una frontera, tenían algo en común: los judíos de una y otra región, se consideraban oprimidos, con su territorio ocupado y dominado militarmente por una potencia extranjera. Así se veían las cosas desde que en el año 63 a.C. Pompeyo había entrado en Jerusalén, y Roma se había hecho con el control militar. Esa situación política generó una presión en el ámbito religioso que suscitó en el pueblo una efervescencia de expectativas mesiánicas –con fuerte tinte político, añorando una liberación de Roma y una independencia nacional–, y constituyó un caldo de cultivo adecuado para la proliferación de las ideas apocalípticas, a la vez que favoreció un paulatino enconamiento en las posturas nacionalistas. A lo largo del siglo I d.C. se sucedieron las revueltas que buscaron sacudirse el yugo extranjero.

4. Judea bajo los procuradores romanos. Primeros alzamientos

Tras la destitución de Arquelao, en el año 6 d.C., el territorio de Judea fue gobernado directamente por los romanos. Formaba parte de una provincia procuratorial regida por un gobernador del orden ecuestre, que en algunos momentos posteriores llevó el título de prefecto y en otros el de procurador. El primero fue Coponio (6-9 d.C.), y le siguieron Marco Ambíbulo (9-12 d.C.), Anio Rufo (12-15 d.C.), Valerio Grato (15-26 d.C.) y Poncio Pilato (26-36 d.C.).

Este es el preciso momento en que se enmarca la actividad histórica de Jesús de Nazaret. Los sucesos más importantes de su vida tuvieron lugar en dos regiones distintas, Judea y Galilea, gobernadas con regímenes políticos independientes, encuadrados cada uno a su modo dentro del Imperio romano. Galilea, como ya se dijo, formaba parte de la jurisdicción de Herodes Antipas. En cambio, Judea y la ciudad de Jerusalén pertenecían a esa provincia, cuya capital era Cesarea, y que también incluía a la región de Samaría, gobernada por un procurador que dependía directamente del Senado Romano.

De los mandatarios que se sucedieron en el gobierno de Judea el que tuvo más protagonismo en la vida de Jesús fue Poncio Pilato, que tomó posesión de su cargo en el año 26 d.C., y fue el que decretó su condena a muerte en la cruz. Una lápida encontrada en Cesarea deja constancia de que, en su caso, gobernaba con el título de Prefecto: “[Po]ntivs Pilatvs [praef]ectus ivda[ea]e”. Filón de Alejandría, que era contemporáneo, lo caracteriza en su *Legatio ad Caium* como un personaje violento y cruel, autor de numerosas brutalidades y homicidios sin proceso.

Después de Poncio Pilato se hicieron cargo del gobierno de la provincia de Judea los procuradores Marcelo (36-37 d.C.) y Marulo (37-41 d.C.).

Mientras tanto, en lo que se refiere a las regiones del norte y este, cuando el emperador romano Calígula desterró a Herodes Antipas, encomendó a Herodes Agripa I el gobierno de Galilea y Perea. Posteriormente, en el año 41 d.C., una vez terminado el mandato de Marulo, el emperador Claudio le encomendaría también el territorio de Samaría, Judea e Idumea, reconstruyéndose así en toda su extensión el territorio que había gobernado su abuelo Herodes el Grande. Sus contemporáneos lo presentan como un personaje pacífico, amigo de los fariseos y abierto al judaísmo, aunque sobre todo amigo fiel de los romanos. Murió repentinamente en Cesarea en el año 44 d.C.

A su muerte, los territorios de Galilea fueron encomendados a su hijo Herodes Agripa II, mientras que Judea volvió a ser provincia romana. El primer procurador de Judea en esta nueva fase fue Cuspio Fado (44-46 d.C.). En su tiempo un personaje llamado Teudas se presentó como profeta y jefe de un movimiento de liberación y congregó una gran muchedumbre junto al Jordán prometiendo que las aguas se abrirían para dejarle paso. Sus partidarios allí reunidos fueron disueltos por un escuadrón de caballería enviado por Cuspio Fado que dio muerte a muchos de los allí congregados y entre ellos al propio Teudas.

Le sucedió Tiberio Alejandro (46-48 d.C.), que era sobrino de Filón de Alejandría, y que también tuvo que hacer frente a una nueva agitación mesiánica de tipo revolucionario, que terminaría con sus instigadores, Jacob y Simón, hijos de Judas el Galileo, clavados en cruces.

Su sucesor, Ventidio Cumano (48-52 d.C.), tuvo que enfrentarse a problemas aún mayores. En los años que estuvo en el cargo se fueron

sucediendo altercados del pueblo y represiones violentas con miles de muertos.

Pero la situación se iba deteriorando cada vez más. El nuevo procurador Marco Antonio Félix (52-60 d.C.) implantó una política de terror contra los grupos rebeldes. Según Flavio Josefo no pasaba ni un solo día sin que capturara y ejecutase a algunos de ellos (cf. *AntJ.* XX, 160). La gente sencilla, aterrorizada, se sumaba a supuestos profetas que impulsaban cambios revolucionarios y convencían a las gentes para llevar a cabo acciones irracionales, confiados en que Dios mostraría su poder. Entre ellos destaca un egipcio –con el que confundieron a Pablo (cf. Hch 21,38)– que reunió a varios miles de seguidores en el desierto y los llevó hasta el Monte de los Olivos para que cayesen sobre Jerusalén. Los romanos los atacaron allí mismo y dieron muerte a cuatrocientos.

La anarquía y el desorden se extendían por toda la región cuando el emperador Nerón nombró como procurador a Porcio Festo (60-62 d.C.), que fue incapaz de mantener la situación bajo control.

Cuando murió, y antes de que llegase su sucesor, el sumo sacerdote Anás, saduceo, hizo ejecutar a Santiago «el hermano de Jesús», cabeza de la comunidad cristiana de Jerusalén. Esto fue deplorado por los observantes de la Ley, y el asunto llegó hasta Agripa II, que intervino para deponer a Anás.

El nuevo procurador fue Albino (62-64 d.C.) que no parecía tener otro interés que enriquecerse personalmente, extorsionando a propios y extraños, y aceptando toda clase de sobornos. La situación estaba tan deteriorada que nobles y sacerdotes organizaban bandas armadas para protegerse de los saqueadores.

El último procurador fue Gesio Floro (64-66 d.C.), aún más corrupto que Albino, que organizó sistemáticamente el expolio de pueblos y ciudades. Cuando se atrevió a tocar el tesoro del templo y llevarse diecisiete talentos, la revuelta fue inevitable, y el desorden social total. Muchos hicieron la revolución por motivos ideológicos, o religiosos, pero junto a ellos hubo perturbadores, de los que Flavio Josefo dice que eran gentes sin escrúpulos, que solo sembraron desorden y destrucción. De este modo terminó de fraguar el gran alzamiento contra Roma que conduciría a una guerra sangrienta de terribles consecuencias por la violenta repre-

sión que sufrieron los que se habían levantado contra el poder imperial (66-70 d.C.).

En síntesis se podría decir de esta época que la gestión administrativa de los procuradores no pasaba de mediocre, y en ocasiones fue muy mala. Opresión económica e inestabilidad política, sin referencias claras, hacían cundir el desánimo entre la población. A eso se sumaron de vez en cuando catástrofes naturales como sequías o epidemias, con pésimos sistemas de ayuda a los damnificados. Por si fuera poco, los que tenían una posición económica desahogada apenas solían interesarse por las condiciones de vida de sus empleados y jornaleros, y en general por los más desfavorecidos. En consecuencia, abundaban los mendigos y las personas que se veían obligadas a emigrar a otras regiones en busca de mayor fortuna.

Entre tantas gentes desesperadas, muchas de ellas con pocos recursos morales, surgían bandoleros que hacían inseguros los viajes y ladrones que estaban al acecho de las casas donde pudieran encontrar algo de utilidad. Todo ese ambiente enrarecido generó un caldo de cultivo propicio para las ideas revolucionarias, que, como se ha dicho antes, fraguaron en algunos alzamientos sistemáticamente sofocados por los romanos, hasta culminar en la gran guerra de los judíos contra Roma, que acabó con la destrucción de Jerusalén en el año 70.

5. La primera gran revuelta y la destrucción de Jerusalén

La sublevación comenzó en Cesarea el año 66 d.C. como respuesta a la sangrienta represión de los desórdenes que se habían sucedido en Jerusalén cuando el procurador Gesio Floro se apoderó del dinero del templo. Entre los sublevados se contaban aquellos que se habían alzado contra el procurador por considerar esa acción como un atropello, a los que se unieron numerosos alborotadores que no tenían más interés que sembrar el desorden. Gesio Floro no pudo controlar la ciudad y se marchó a Cesarea. Tampoco tuvo éxito el intento de Agripa II, que era el tetrarca de Galilea, por controlar a los insurgentes, por lo que también se retiró a su territorio. Sería el legado romano en Siria, Cestio Galo quien reuniese un contingente de fuerzas que pudiera sofocar la rebelión.

Un grupo de rebeldes encabezados por Menájem, un hijo de Judas el Galileo, se apoderó de Masada y con armas llevadas desde allí a Jerusalén, los sublevados se apoderaron de la fortaleza Antonia y del palacio de

Herodes, y dieron muerte a los soldados romanos que había en la ciudad. Quemaron los archivos de Jerusalén para hacer desaparecer los documentos sobre deudas que se guardaban en ellos, y saquearon edificios, ocasionando grandes destrozos. Con la situación fuera de control, también se enfrentaron a los judíos que buscaban la paz, y dieron muerte al sumo sacerdote Ananías. Su hijo Eleazar, que era jefe de la guardia del templo, organizó una conspiración que logró dar muerte a Menájem y algunos de sus secuaces.

La revuelta social se extendió por todo el territorio, envolviendo a judíos y no judíos en una sangrienta guerra civil. Los romanos intentaron controlar la situación con las tropas enviadas desde Siria, pero los judíos sublevados lograron repeler las fuerzas de Cestio Galo y les obligaron a retirarse, causando miles de víctimas en una emboscada.

Ante esa victoria inesperada sobre las tropas romanas, todos los que, intentando encontrar una solución pacífica, aún no se habían sumado a los rebeldes terminaron por unirse a ellos para hacer frente juntos a la más que presumible respuesta de Roma. Una asamblea popular eligió en Jerusalén como jefes a José ben Gurión y al antiguo sumo sacerdote Anás ben Anás, y nombró comandantes militares para organizar la resistencia. Galilea fue encomendada a Josefo hijo de Matías (Flavio Josefo), que años más tarde, en su *De Bello Judaico*, dejaría una interesante descripción de los hechos narrada por uno de sus testigos oculares y protagonistas.

Ante el agravamiento de los desórdenes, el emperador Nerón encargó la campaña a Vespasiano, un general bien experimentado, que con la ayuda de cuatro legiones logró dominar a los insurrectos de Galilea en el año 68 d.C. Otras legiones romanas avanzaban desde todas las direcciones hacia Jerusalén, y la conquista podría haber sido rápida si los acontecimientos internos de Roma no la hubieran retrasado.

En junio del año 68 había muerto Nerón y se abrió una crisis política en todo el imperio por su sucesión. El senado había nombrado emperador a Galba, pero fue asesinado en enero del 69. La guardia pretoriana proclamó emperador a Otón, mientras que las legiones germánicas apoyaron a Vitelio, y a la vez, las legiones de Egipto y Siria encumbraron a Vespasiano. Vitelio derrotó a Otón, que se suicidó, pero poco después, en diciembre del 69, los partidarios de Vespasiano derrotaron y dieron muerte a

Vitelio. Cuando se restableció la paz en Roma, Vespasiano se instaló en la capital del imperio, y su hijo Tito, con veintinueve años, quedó al mando de los ejércitos en Judea y preparó el asedio y conquista de Jerusalén.

Mientras los romanos estaban detenidos a la espera de que se resolvieran las luchas por la jefatura del imperio, los rebeldes judíos se enredaron en luchas internas por el poder. De una parte estaban los más radicales al mando de Juan de Giscala, y por otro la línea más moderada de Anás ben Anás y Jesús ben Gamaliel. Al principio se impusieron sobre los radicales en Jerusalén, pero estos pidieron ayuda a los idumeos, que entraron en la ciudad y la dejaron bajo el control de Juan de Giscala. Lo primero que hizo fue eliminar a sus opositores. El pueblo, para librarse de su tiranía, recurrió al jefe de una banda armada, llamado Simón bar Giora, al que abrió las puertas de Jerusalén. La ciudad se convirtió en un campo de batalla entre ambos bandos. En esa situación, Eleazar y algunos seguidores, que estaban en el bando de Juan de Giscala, también se alzaron contra él, con lo que pasaron a ser tres las facciones que se disputaban el mando en la ciudad. No obstante, pronto Eleazar y los suyos serían vencidos y eliminados por Juan de Giscala.

En esa situación Tito recibió, por fin la orden de continuar la guerra y atacar Jerusalén. Solo cuando las tropas romanas estaban a las puertas, Juan de Giscala y Simón bar Giora unieron sus esfuerzos para defender la ciudad, pero fue demasiado tarde. Tras unos meses de asedio, Tito logró romper la resistencia de los insurrectos y entró en Jerusalén en agosto del año 70 d.C. Casi toda Judea quedó en ruinas, y su capital fue reducida a escombros, ya que Tito ordenó la demolición de todos los edificios, con excepción de las tres colosales torres construidas por Herodes, la de Fasael, Híppico y Mariamme, que quedarían como testimonio de la grandeza de la ciudad que había conquistado y destruido. También respetó el muro occidental del templo, que sería reutilizado para construir un campamento a la guarnición romana que permanecería en la ciudad.

Una vez controlada la capital, los pocos focos de resistencia que quedaban en el territorio de Judea fueron sucesivamente sofocados. El baluarte que más resistió, la fortaleza de Masada, caería el año 74 d.C., tras dos años y medio de duro asedio.

A partir de entonces toda Palestina quedó bajo un estricto control de las tropas romanas. No hubo persecución religiosa, ya que el judaísmo fue

considerado como *religio licita* con la esperanza de pudiera servir como un elemento pacificador. Solamente fueron vigilados y reprimidos los intentos revolucionarios contra el dominio de Roma.

6. La revuelta de Bar Kokhba y el fin de Judea

Tras varias décadas de calma inquieta, debido al persistente control imperial, la tensión explotó de nuevo a partir del año 130 d.C. como consecuencia de las medidas tomadas por el emperador Adriano, destinadas a modificar profundamente la fisonomía de Jerusalén hasta convertirla en una ciudad totalmente romana. El gobernador Turnus Rufus realizó una ceremonia de fundación de la nueva ciudad, a la que se denominó Aelia Capitolina, en el año 131 d.C. Se acuñaron monedas romanas con este nuevo nombre. Sobre las ruinas del Templo de Jerusalén se edificó un templo dedicado a Júpiter Capitolino. Según las fuentes judías, también se prohibió la circuncisión y guardar el sábado, con el fin de homogeneizar la población judía con las gentes del imperio. Para garantizar el orden, el ejército romano afincó en la ciudad una legión más.

Como respuesta a estas medidas se desencadenó una nueva y feroz revuelta, comandada por Simón Bar Kosiba. Fue apoyada por el jefe del Sanedrín, rabí Aquiba, que denominó Bar Kokhba (en arameo, «hijo de la estrella» en alusión a Nm 24,14, otorgándole condición mesiánica) al comandante de las tropas rebeldes.

A lo largo del año 132 d.C. la rebelión fue sumando adeptos en todo el país, con lo que logró reunir un ejército muy numeroso que venció a varias legiones romanas. Muchos consideraron que Simón Bar Kokhba era, por fin, el mesías esperado. Aprovechando sus éxitos militares restauró, durante algo de más de dos años, un estado judío soberano, presidido por él con el título de Nasí («príncipe» de Israel), que emitió moneda propia. La documentación de la época pone de manifiesto el empeño que los insurgentes pusieron en la más escrupulosa observancia de la Torá: descanso sabático, exactitud en los diezmos, observancia de las solemnidades, e incluso lo referente a la cancelación de deudas y reposo de la tierra en el año jubilar.

Cuando la noticia llegó a Roma, el emperador llamó al general Sexto Julio Severo, que estaba en Britania, y desplazó varias legiones hasta Judea. Cuando llegaron, a los tres años de haberse iniciado la revuelta, la sofocaron brutalmente. Era el verano del año 135 d.C.